

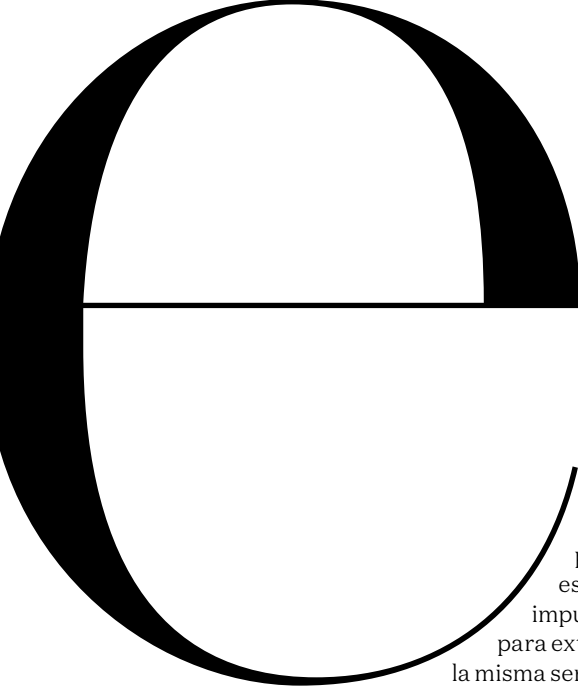


La artista en su estudio, un antiguo almacén situado en el Putxet de Barcelona.

LUZ DE INVIERNO

Cuando la escena artística española bullía con la Movida, a Soledad Sevilla la acusaron de tener «demasiado buen gusto». Se rebeló y hoy disfruta de la vigencia de quien nunca ha estado de moda

Texto BEGOÑA GÓMEZ URZAIZ Fotos ANTÁRTICA



El noble aquieta a su persona antes de moverse; se recoge, se concentra en su mente antes de hablar», así empieza una cita de Confucio que Soledad Sevilla (Valencia, 1944) tiene enganchada con una chincheta en la pared de su estudio. No parece que ella necesite ese consejo contra los impulsos. Quizá es un aviso para extraños, para que adopten la misma serenidad de yogini que

emana la pintora, que fue Premio Nacional de Artes Plásticas y tiene la Medalla de las Bellas Artes. Cuando *S Moda* visita el espacio que Sevilla encontró en el Putxet de Barcelona, un almacén de maquinaria pesada que se ha encargado de remodelar, todavía está lleno de las pinturas que se exponen desde el día 13 de septiembre

en la galería Marlborough de Madrid, una selección titulada *Luces de invierno*, óleos que partieron de su admiración por los secaderos de tabaco granadinos. «El nombre tiene que ver con mi situación personal, porque yo ya estoy en el invierno de la vida», dice sin dramatismos. Esta exposición y la retrospectiva en el CEARN de Fuenlabrada, que se clausuró en marzo y recogió su obra desde los años setenta hasta la actualidad, le han obligado a reencontrarse con su trabajo, desde la pintura geométrica hasta sus primeras instalaciones en los ochenta, su paso por el Centro de Cálculo de Madrid y su estancia en Harvard.

¿Qué le ha parecido su propia obra, vista así?

Fue una reivindicación. A mí se me valora más por las instalaciones que por la pintura y vi una lección de pintura. Cuadros que en su momento fueron denostados, o más que denostados, ignorados... La cuestión es que yo iba por libre. Cuando estaba trabajando en la geometría, los demás hacían informalismo u otras cosas, ya no estaba de moda. Seguía porque sentía que era mi manera de expresarme. Entonces, o no estaba en las grandes exposiciones colectivas o, si me llamaban, no sabían qué hacer conmigo.

¿Fueron años en la oscuridad?

A mí me parecía que esa situación era lo normal. Pensaba: «No

vendes, no llegas». Siempre he tenido mucha vocación y quizá es que he creído en lo que hacía.

¿No sintió la necesidad de adaptarse al mercado?

No, ni de ser famosa, ni rica. Todo eso era secundario. Aunque a nadie le amarga un dulce. También tenía a mi familia, en una estructura muy machista como la de la época. Yo era bastante rebelde con eso. Pensaba: ¿por qué tengo que estar aquí?, ¿por qué no puedo hacer mis cosas y mi marido sí? Estaba establecido así. Había mucho contra lo que luchar. Por las mañanas, pintaba, hacía la compra y la comida para mis dos hijos, y por las tardes daba clase en institutos nocturnos, antes de pasar a la universidad.

¿Empezaron a hacerla caso tras su paso por Harvard en 1982?

¡Tampoco! En los ochenta había una gran efervescencia en Madrid. Recuerdo que vino el Chase Manhattan Bank y compró obra de todo el mundo, porque España estaba de moda. Todos los estilos, todas las generaciones... menos a mí. Le pregunté a mi galerista y me dijo: «Dicen que tienes demasiado buen gusto». Me dio un ataque. ¿Qué quiere decir eso? Y esa rabia que sentí me dio para hacer mi primera instalación, la de los claveles [*Sangre y leche*, 1986]. Cubrí las paredes de la galería Montenegro con 36.000 claveles rojos traídos de Holanda. Elegí la flores como un elemento de buen gusto que está

con la humanidad desde que el primer neandertal se levantó a coger una margarita. Nadie cuestiona una flor porque es bella y esa era mi reivindicación: «Si las flores pueden, ¿por qué yo no?». A partir de entonces, con las instalaciones, que he hecho más de 70, empecé a ser normal que yo estuviera en el mundo del arte.

¿Ya hacía la reflexión de género o ha caído después?

Creo que ha ido siempre conmigo. Yo ya me rebelaba contra mi padre, que era militar, y tenía broncas que no tenían mis hermanos. Éramos seis, tres chicas y tres chicos; se practicaba el culto al hombre, como en todas las familias de España. Cuando me casé tuve la sensación de pasar del tirano padre al tirano marido. A los hombres de aquella época les salía de las tripas. Luego podían ser inteligentísimos y fantásticos, pero los habían educado así, y su comprensión del mundo de la mujer no había quien la cambiase. También en los ambientes del arte. Recuerdo decirle a mi galerista, Soledad Lorenzo: «Oye, tú eres muy machista. Si lo que he hecho yo lo hubiera hecho un hombre, estaría ya en la *Enciclopedia Británica*». Y reconoció que era verdad. Entre otras cosas, mis precios siempre eran la cuarta parte de los de mis compañeros.

De los precios no se habla nunca.

No, porque se cree que en el mundo del arte no hay estos problemas, y claro que los hay. Como en todas partes. Económicamente, la

"La reflexión de género

siempre fue conmigo"

Cuando Soledad trabaja, primero hace cuadros en formato pequeño, de ahí selecciona otros para hacer medianos y los que pasan el corte los lleva a formato XL. A la derecha, material de trabajo.



obra de las mujeres se valora menos. Mis compañeros eran figuras, y así se justificaba todo. No lo digo como postureo. Hay una cita de Fernando Pessoa muy importante para mí: «Hasta del deseo de gloria me he ido liberando poco a poco, como el que se desviste lentamente para irse a descansar». Estoy contenta con lo que hago y no necesito mucho más. Un poco de dinero para vivir de esto.

Hábleme de su paso por el Centro de Cálculo de la Complutense, cuando varios artistas empezaron a 'jugar' con un ordenador prehistórico en 1969.

Sentía que todo lo que había aprendido en Bellas Artes estaba caduco y superado. Pensaba que el arte tenía que ser más tecnológico, más basado en la estructura cerebral que en el sentimiento. Se creó el Centro de Cálculo y me pareció estupendo entrar allí, con José María Yturralde, Eusebio Sempere, Elena Asins y otros artistas. Nos reuníamos una vez por semana en la Complutense, en concreto, en el edificio de Fisac. En la planta baja había un ordenador que IBM había financiado, grande como este estudio, que necesitaba una iluminación y una temperatura específicas. Los programadores nos hacían programas por generosidad. Fueron unos años estupendos. Yo me multiplicaba en esa época. Recuerdo hacer una de las presentaciones al grupo embarazadísima de mi hija Gala.

Sin embargo, otras artistas de su misma generación decidieron no tener hijos. Como todo en mi vida, lo hacía porque había que hacerlo y me parecía lo normal. Cuando eres joven puedes con todo, con las clases, los embarazos, el Centro de Cálculo, las exposiciones. Tenía 26 años, estaba llena de capacidades.

Y ahora, ¿cómo es un día de trabajo aquí en su estudio?

Paso en el estudio las horas que me aguantan las manos, porque tengo artrosis. Soy diurna, así que empiezo a las ocho y estoy hasta las tres o las cuatro de la tarde. Como, y luego hago yoga, voy a exposiciones o lo que sea. He estado tres años para preparar esta muestra, sin vacaciones y con mucho trabajo. Pero estoy encantada, no me ha pesado nada ●



Izda.: la obra *Magia en Otura* (2018), que se exhibirá en la galería Marlborough del 13 de septiembre al 11 de octubre en la muestra *Luces de invierno*. Arriba, imagen de su estudio.

"He creído en lo que hacía"



Soledad Sevilla afirma que el gran formato le permite envolver al espectador e invitarle a mirar el cuadro como cuando se asoma a un abismo, a cuestionar su posición frente a magnitudes que superan su propia escala. En su estudio, a la izquierda, *S Moda* fotografió parte de su conocida serie *El silencio*.

«ES UNA GRAN INTELLECTUAL»
Para María de Corral, la obra de Soledad tiene toda la «fuerza y belleza de lo que no se olvida»

Conocí a Soledad hacia 1979 y siempre he seguido su carrera artística con un apasionado interés. He visto numerosas exposiciones tuyas y transitado por muchas de sus instalaciones. Profesionalmente he adquirido su obra para las colecciones que he ido

formando, ya que para mí su trabajo tiene la fuerza y la belleza de aquello que no puede olvidarse, desde la representación del espacio, el color y la luz que lo envuelve todo. Desde el lienzo a la instalación. Tengo claras preferencias por algunos momentos de su trayectoria: la abstracción geométrica de los setenta, donde las líneas son las protagonistas, continuando con sus series sobre *Las Meninas*, *La Alhambra* y *los Toros*, donde transforma los motivos, sensaciones y sentimientos que le inspiran en luces y formas. La serie de los Apóstoles, obras donde la artista vuelve de nuevo a la abstracción y son capaces de hacernos vivir la pintura como plenitud, como incógnita y también misterio. Y la serie en la que trabaja actualmente, donde intuimos un paisaje sugerido por los cambios de la luz y el color.



Soledad es una magnífica pintora que, además, domina el mundo de la instalación, un mundo de trabajos perecederos donde impera lo frágil y que aspira a pervivir en el recuerdo. Es, además, una gran intelectual con interés por la filosofía, la historia, la arquitectura y los temas de actualidad.

En la soledad de su estudio, ha hecho un esfuerzo por descubrir, identificar y captar aquellas cosas cuya existencia sentimos, pero no conocemos el modo de conseguirlas.

María de Corral es crítica de arte y asesora artística. Ha dirigido el Museo Reina Sofía y la Bienal de Venecia.

FOTOS: 2018, GALERÍA MARLBOROUGH, MADRID (WWW.GALERIAMARLBOROUGH.COM). FOTO DE MARÍA DEL CORRAL: QUIMI LLENAS / GETTY IMAGES.